



EL BARCO
DE VAPOR

Un barco cargado de... cuentos

Ilustraciones de Paco Sordo



Primera edición: agosto de 1996
Vigésima cuarta edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Núria Albó, Cristina Alemparte, José María Almárcegui, Fernando Almena, Joan Armangué, Alberto Avendaño, Lucía Baquedano, Paloma Bordons, José Antonio del Cañizo, Antoni Dalmases, Andrés García Vilariño, Alfredo Gómez Cerdá, Fernando Lalana, Enric Larreula, Torcuato Luca de Tena, Braulio Llamero, Pilar Mateos, Pilar Molina, Juan Muñoz Martín, Elena O'Callaghan i Duch, José Luis Olaizola, Enrique Páez, José Antonio Panero, Hilda Perera, Carlos Puerto, Llorenç Puig, Fernando Pulín Moreno, Roberto Santiago, Emili Teixidor, Rocío de Terán Troyano, Carmen Vázquez-Vigo y Carlos Villanes Cairo, 1996

© de las ilustraciones: Paco Sordo, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9155-2

Depósito legal: M-90-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

LEERSE UNA NARANJA

Alberto Avendaño

ME ESCRIBEN para decirme que el barco y su vapor han cumplido quince años, que ha atracado ya en más de treinta millones de corazones y que su tripulación naranja es de cien, entre marineros y marineras. Un récord de libro.

–¿Un barco cargado de naranjas?

–No, son los libros naranjas. Quiero decir que ya han publicado cien naranjas.

–En qué quedamos: ¿son libros o son naranjas?

–Son las dos cosas.

–Pues yo nunca me he leído una naranja. Seguro que al pasar las hojas, o sea, las mondas, el libro naranja te salpica los ojos con un zumo agrio que te hace llorar como una Magdalena cortando cebollas.

–¡Tú sí que eres una cebolla! Lo naranja viene a cuento de que hay libros que son la monda, con

los que te mondas de risa y en los que puedes vivir una aventura monda y lironda. Son libros que, cuando has acabado de pasar todas sus hojas, te dejan la sensación de tener entre las manos un tesoro de mondarajas.

-¿Mondarajas?

-Mondaduras de naranja. ¿Por qué no te lees los cien libros naranjas?

-¡Naranjas de la China!

-¿No te gusta leer?

-Sí, pero no me quiero empachar.

-Escucha, te voy a contar algo que te ayudará a hacer la digestión:



Esto ocurrió hace quince años en una isla del océano Atlántico, frente a las costas de Galicia. Allí vivía Xan en compañía de sus padres, sus tres hermanos y unos pocos vecinos que habitaban las cinco casas que salpicaban la colina principal. En los duros inviernos del Norte, la isla quedaba aislada de la tierra firme durante semanas y hasta meses enteros. Solo el mar bravo y las olas inmensas rodeaban entonces la isla, de la que nadie podía salir y a la que nadie podía llegar.

En uno de esos inviernos Xan cayó muy enfermo. Sufría de una fiebre altísima y sudaba tanto que su madre le tenía que cambiar las sábanas tres veces al día. Pero, una mañana, Xan se incorporó en la cama, acomodó la



espalda sobre la almohada y abrió sus manos como un libro. Cuando sus padres entraron en su habitación, comprobaron que la fiebre y los sudores habían desaparecido. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula al ver que Xan no se movía, no les hablaba y permanecía sentado en la cama, como una estatua, observando fijamente sus manos abiertas.

Como en la isla no había médico y había que esperar a que el temporal se calmase para navegar hasta el pueblo más cercano, los vecinos y vecinas de la familia de Xan se acercaron hasta la casa para sugerir remedios a aquel extraño mal.

–Esto se arregla con sopas de burro cansado –sentenció un vecino.

La madre de Xan preparó la sopa: un plato hondo de vino tinto caliente con migas de pan y azúcar. Pero cuando le pusieron la primera cucharada en la boca, a Xan se le encendieron las mejillas y escupió el vino y las migas contra sus manos. La madre de Xan lo limpió todo con mucha paciencia y tiró las sopas de burro cansado en el retrete.

–¿Por qué no le dan un susto? –dijo una vecina.

–Denle a oler vinagre –dijo otro vecino.

–No, mejor que beba un trago de agua de mar.

–Un cubo de agua por la cabeza es la mejor solución.

–Que le toquen la trompeta al oído.

Pero la madre de Xan ya había escarmentado con las sopas de burro cansado y no estaba dispuesta a hacer más experimentos con su hijo. Por suerte para él, ningún isleño sabía tocar la trompeta. De hecho, no había una sola trompeta en la isla.

–Ya volverá en sí –dijo la madre de Xan.

–Pero ¿cuándo? –preguntó el padre.

–Cuando acabe lo que tiene entre manos –respondió la madre.

Pasaron tres días. Xan seguía sin hablar, sentado en la cama, como una estatua, observando fijamente sus manos abiertas. Al cuarto día el mar se calmó y las nubes dejaron salir tímidamente el sol.

Unos pescadores trajeron a la maestra de Xan a la isla. La mujer había oído que su alumno se había puesto muy enfermo y le traía un regalo. Poco después, Xan reía y hablaba por los codos. Cuando toda su familia entró en la habitación preguntando cómo se había curado, Xan y la maestra se miraron y sonrieron. Solo su madre se dio cuenta de que entre las manos abiertas de Xan había un libro.

● 2

LA PLANTA DE LAS MARIPOSAS

Núria Albó

HABÍA UNA VEZ TRES HERMANAS que se llamaban Tanit, Ginette y Ariadna. Vivían en una casa con un jardín no demasiado grande, pero lo suficiente para que en él crecieran unos cuantos arbustos y las niñas pudieran jugar.

Las tres hermanas tenían un abuelo que vivía en otra casa y coleccionaba mariposas. El abuelo viajaba a los bosques de muchos países a cazar mariposas y, cuando atrapaba alguna, la llevaba a su casa, la pinchaba con un alfiler y la clavaba en un corcho. Luego escribía su nombre en un papel y lo pegaba debajo. Había nombres muy sencillos, como *Mariposa reina*, y otros muy divertidos, como *Papilio podalirio*.

Cuando las niñas iban a ver a su abuelo, este les enseñaba su colección. Era muy hermosa. Todas

aquellas mariposas, con sus colores brillantes y con sus alas extendidas, les recordaban las flores de la primavera.

El abuelo les había contado muchas veces cómo las feas orugas se convertían en plácidas crisálidas y, al cabo de un tiempo, sacudían sus alas, las desplegaban y echaban a volar.

Las niñas escuchaban, leían los nombres de las mariposas y regresaban a su casa muy contentas por lo que habían aprendido.

Un día, al final del invierno, fue el abuelo quien las visitó. Llevaba una maceta muy grande con un arbusto en ella y, en el asiento trasero del coche, un gran paquete envuelto en papel de embalar.

—Hola, jovencitas —les dijo el abuelo—. Vais a ver lo que os traigo. Para empezar, tomad este arbusto. Se llama budleya, pero tiene otro nombre que os va a gustar más: planta de las mariposas. Se llama así porque el néctar de sus flores las atrae irresistiblemente. Vamos a plantarlo en el jardín y, cuando llegue la primavera y acudan las mariposas, podréis cazarlas y empezar a coleccionarlas lo mismo que yo.

—¡Oh! ¡Qué bien! —dijeron las niñas.

Fueron al jardín, plantaron la budleya, la regaron y luego fueron a buscar el paquete, que seguía en el asiento trasero del coche del abuelo.

Dentro aparecieron tres cazamariposas, tres paneles de corcho y una cajita con largos alfileres de cabeza negra. También había un pedazo de corcho más pequeño con tres mariposas clavadas para que les sirviera de modelo. El abuelo les enseñó por dónde había que pincharlas para que no se les estropearan las alas. Después comió con ellas y sus padres y, por la tarde, regresó a su casa.

Las niñas lo guardaron todo en su habitación y esperaron a que llegara la primavera. Cuando por fin llegó y empezaron a florecer todas las plantas, también lo hizo la budleya. Sus flores eran arracimadas. Se parecían mucho a las lilas, hasta en el color, pero su perfume era menos intenso y también eran menos hermosas.

—¿Creéis que a las mariposas va a gustarles esta flor? —preguntó Ginette— Si yo fuera mariposa, preferiría un jazmín.

—Pronto vamos a verlo —dijo Tanit.

Pero fue Ariadna quien antes se dio cuenta de que llegaban las mariposas.

—¡Ya están aquí!

Había dos. Una marrón pálido y otra blanca con motitas verdes.

Las niñas fueron a buscar sus cazamariposas y se acercaron a la planta. Ginette atrapó la mariposa blanca, pero la marrón se le escapó.

–No importa –dijo Tanit–. De momento nos basta con una. Así probamos y vemos si nos acordamos de lo que nos dijo el abuelo.

Como Tanit era la mayor y tenía la mano más grande, fue la que recogió la parte superior del cazamariposas para que la mariposa no se fuera. La mariposilla movía sus alas, asustada, en el otro extremo de la manga de su prisión, y a las tres niñas empezó a darles mucha lástima.

Fueron a su habitación y cogieron un panel de corcho y un alfiler. Entonces, Ginette metió la mano en el cazamariposas y cogió la mariposa.

–¡Ay, ay! –dijo riendo–. ¡Me está haciendo cosquillas!

Con mucho cuidado la puso encima del corcho, y entonces Ariadna dijo:

–¿Quién va a pincharla?

Nadie respondió. Las tres miraban la mariposa blanca, tan linda y tan asustada, y se les encogió el corazón.

–Yo no lo haré –dijo Tanit.

–Yo tampoco –dijo Ginette.

–Y yo menos –dijo Ariadna.

La ventana de su habitación daba al jardín. Enfrente mismo estaba la planta de las mariposas. Las niñas abrieron la ventana, soltaron la mariposa blanca y le dijeron:



–Anda, vete. Preferimos que vueles y vivas.

La mariposa se fue muy contenta. Dio un par de vueltas por el jardín y se posó de nuevo encima de las flores de su planta.

–¡Serás tontaina! –dijo Ginette–. ¿Ya no recuerdas que te cazamos ahí mismo?

En fin... Las tres hermanas no atraparon mariposas nunca más.

Lo que hicieron, mientras la planta estuvo en flor, fue sentarse cada día un rato a su alrededor. Las mariposas se acercaban, revoloteaban, se posaban, sorbían el néctar y se iban. Era muy hermoso ver siempre aquel arbusto lleno de mariposas.

A veces las mariposas se posaban encima de las niñas, sobre todo cuando estaban recién duchadas y olían como las flores de la primavera. Entonces ellas permanecían muy quietas y, si alcanzaban, pasaban un dedo suavemente por encima de sus alas tenues.